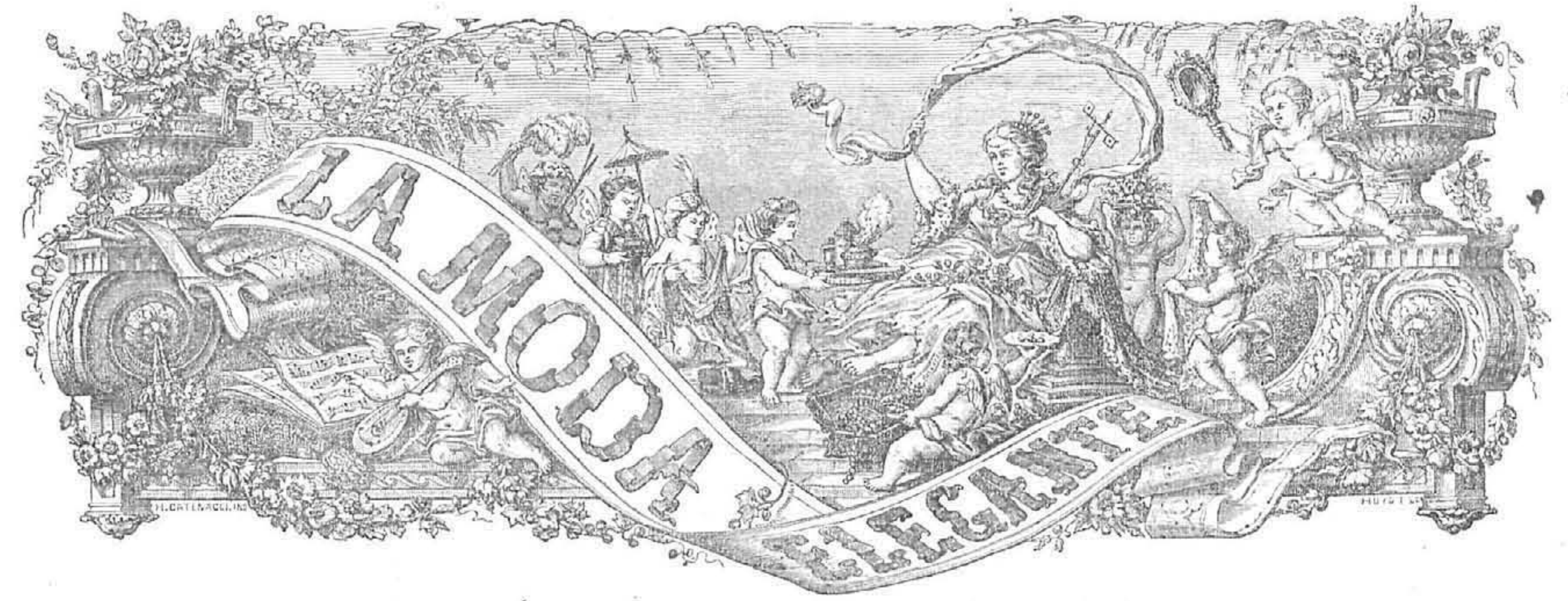


Año I. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, Num. 7.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Jueves.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

A NUESTRAS SUSCRITORAS.

Estamos de enhorabuena.—Por parte telegráfico recibido en esta Direccion, le ha sido comunicada la grata noticia de que **S. M. la Reina** se ha dignado manifestar su espontáneo deseo de que se la cuente como **primera suscritora** de este periódico; en cuyo concepto aparecerá en adelante á la cabeza de él su augusto nombre.

Semejante altísima honra, que colma todos nuestros mas ambiciosos deseos, debe estimularnos mas y mas á merecerla, y al efecto, sin escusar trabajo ni sacrificio, nos proponemos continuar dando á esta publicacion todas las mejoras que ella consiente, y de las cuales hemos realizado ya algunas muy importantes en el poco tiempo que lleva de ver la luz pública.

Abrigo para salida de baile.

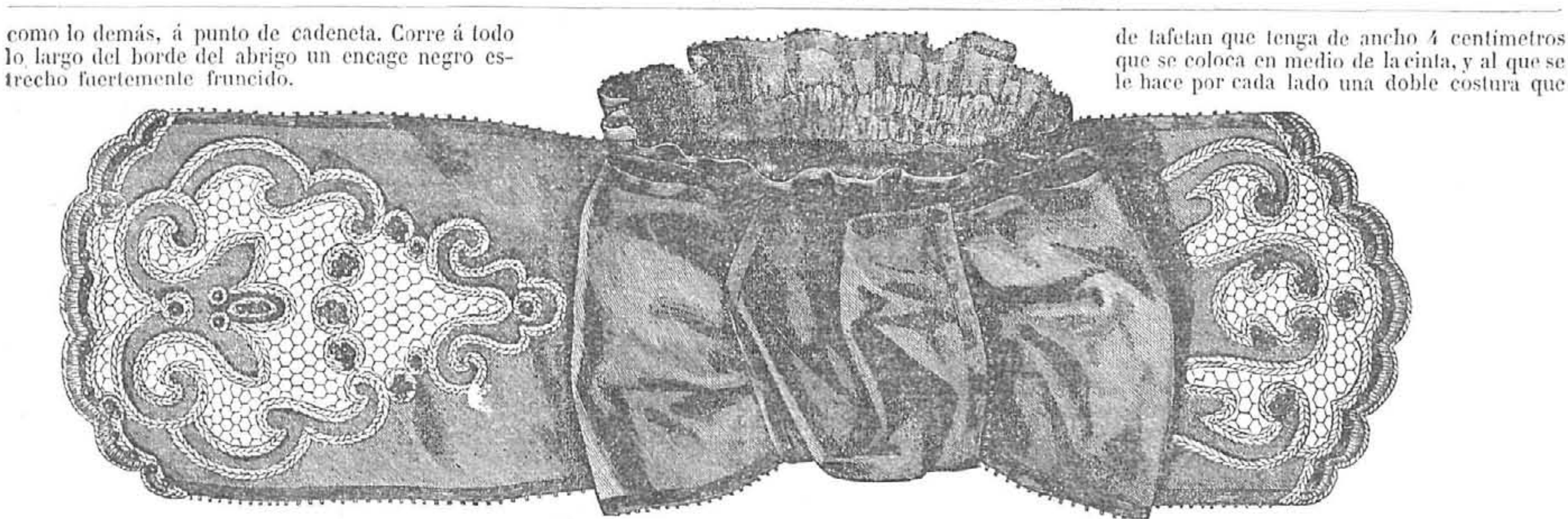
No se contenta una elegante con preparar su equipo para un baile ó para un espectáculo, por mas que en este equipo haya de poner todo su esmero. Habrá escogido la tela de su trage, habrá confeccionado por sí misma ó hecho confeccionar su adorno con presencia de los últimos y mas acreditados figurines, habrá dispuesto de antemano las flores, los lazos, los encages, las joyas ó las plumas de su prendido; pero no habrá olvidado que eso no es todo, y que para la entrada y para la salida de semejantes reuniones necesita un abrigo gracioso, cómodo, y que al propio tiempo pueda estar en armonía con la posicion social de la persona que lo lleva, ya que esto lo permiten lo vario de las telas y la mayor ó menor riqueza con que se guarnezcan. Elíjase una buena forma, uno de esos encantadores cortes de que la moda se suele mostrar tan fecunda, y eso es lo esencial. El modelo que por via de muestra presentamos, nos pone de manifiesto uno de esos abrigos que al efecto dicho sirven, y es de lo mas gracioso y elegante que puede verse en este género.

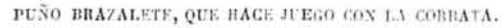

ABRIGO PARA SALIDA DE BAILE.

Es de cachemira blanca, y está guarnecido por una ancha tira de terciopelo azul. Esta tira está rodeada en toda su extension por un dibujo bordado á punto de cadeneta con torzal negro de seda. Es, como se vé, redondeado por detrás, cae en dos puntas por delante, y está recogido sobre los brazos por adornos hechos con cordones ó con esterilla gruesa. Otros grandes cordones sirven para atar el abrigo, y estos terminan en varias borlas, otra de las cuales pende del extremo de la capucha y viene á caer sobre la espalda. Estos cordones, como las borlas, son de seda azul, negra y blanca, así combinadas porque tales son los colores que entran en la confeccion del abrigo. Para mayor lujo pudieran hacerse de oro.

Las puntas y el centro de la capucha se adornan con ramos, escusones etc., bordados con torzal negro de seda, y

como lo demás, á punto de cadeneta. Corre á todo lo largo del borde del abrigo un encage negro estrecho fuertemente fruncido.





PUÑO BRAZALETE, QUE HACE JUEGO CON LA CORBATA.

Ya se comprende que este abrigo puede hacerse de otras telas y con tira y bordados de otros colores diversos, á condicion de que casen bien, y aun no hay un verdadero motivo para que la mencionada tira sea de diferente color que los bordados. Lo que creemos debe conservarse siempre es el fondo blanco. Nada hallamos que para este caso le sustituya con ventaja.

Cabo de corbata.

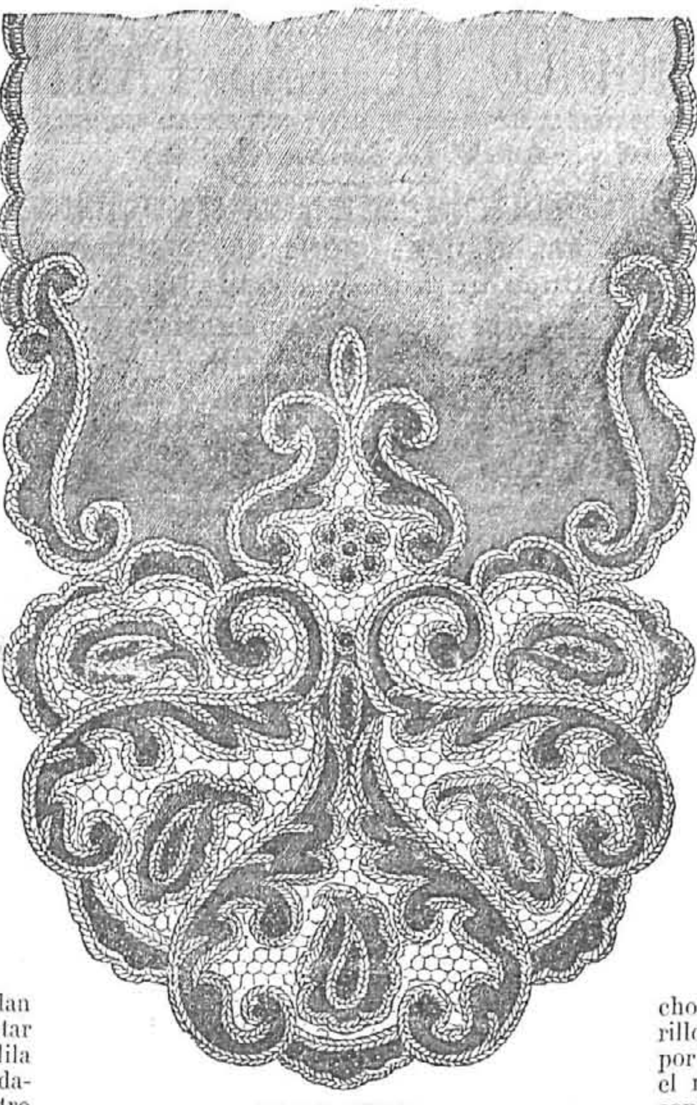
MATERIALES.—1 metro de cinta de tafetan color de lila de 9 y medio centímetros de ancho; 4 madejitas de torzal de seda blanca; cuentas negras de dos gruesos diferentes; tul negro de seda.

Se calcan sobre papel los contornos del dibujo: se pica el papel, se introduce una poca de tiza bien pulverizada en una muñequilla de muselina clara, que se pasa sobre el dibujo. Se quita el papel, y se señalan los contornos pasando sobre ellos un lapiz blanco muy bien afilado. Se hilvana el tul negro sobre la cinta, y despues se hacen todos los contornos á punto de cadeneta con seda blanca. Los contornos exteriores deben festonearse. Cuando se ha hecho esto, se recorta el tul, dejándolo solamente en los sitios indicados por el dibujo; se colocan en seguida las cuentas grandes y pequeñas consultando el modelo. Estas cuentas no son indispensables, y pueden suprimirse sin inconveniente.

Puño-brazalete, que hace juego con la corbata.

MATERIALES.—1 metro y 74 centimetros de cinta lila, que tenga 7 centimetros de ancho; tul negro de seda; 2 madejitas de torzal de seda blanca; cuentas negras; forro.

Estos puños-brazaletes se colocan sobre el puño liso de una manga hueca de muselina, y dan notable gracia á la mano que rodean. Para ejecutar el modelo se cortan 30 centimetros de cinta lila para el par de puños. Cada uno de estos dos pedazos, que tendrán 15 centimetros, se forra con otro de tafetan que tenga de ancho 4 centimetros que se coloca en medio de la cinta, y al que se le hace por cada lado una doble costura que servirá de jareta para el cordon elástico. Se cose el forro de modo que la cinta de encima forme una especie de pequeño bullon; se pasan los cordones elásticos, y despues se unen los dos lados de la cinta lila en forma de brazalete, en el que entra la mano.



CABO DE CORBATA.

Para cada lazo se emplean 57 centimetros de cinta, del cual se borda cada cabo ó extremidad, segun se ha explicado para la corbata. Estos cabos son desiguales, y el dibujo es mas ancho en el uno que en el otro. Se hace en seguida el lazo, se pone una hebilla de cinta en medio, y despues se le cose sobre la costura del puño. El cabo mas largo debe caer hácia fuera.

Dos dibujos para crochet.

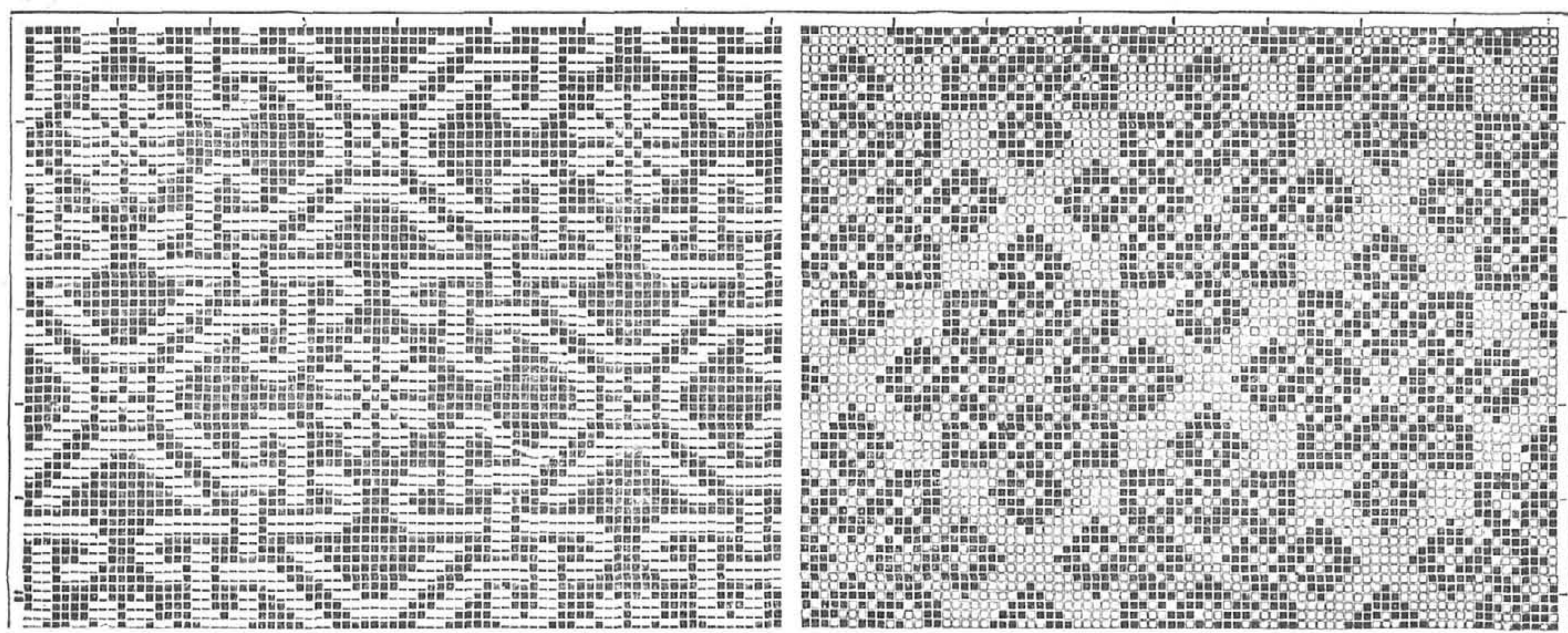
Estos dibujos, que además de hacerse al crochet, pueden bordarse al zurcido sobre tul grueso, servirán para cubiertas de cogines, paños de butaca, cortinas, etc.

Se puede tambien utilizarlos para orlar tapices, ejecutándolos con dos matices grises ó sépia; en fin, reproducidos con lana negra al crochet, y forrados con tela de lana de color vivo, podrian hacerse con ellos cogines de ventana, para los pies, etc.

Tapete para reverbero.

MATERIALES.—Paño fino, ó terciopelo, ó muaré de color castaño, gris ó negro; lana fina y seda de diferentes colores; caracolillos venecianos; seda ó cuentas para la franja.

Se ejecuta esta bella labor al pasado; el dibujo de la guirnalda indica, no solo la direccion de los puntos, sino tambien los diferentes tonos de los matices, esto es, las sombras y los claros. Las hojas son de muchos tonos del color verde: verde azul, verde amarillo, verde esmeralda; el matiz debe ser oscuro por un lado de la nervosidad, mas claro por el otro; el matiz mas claro se hace con seda: los demás con lana. Se puede añadir al nervio principal que

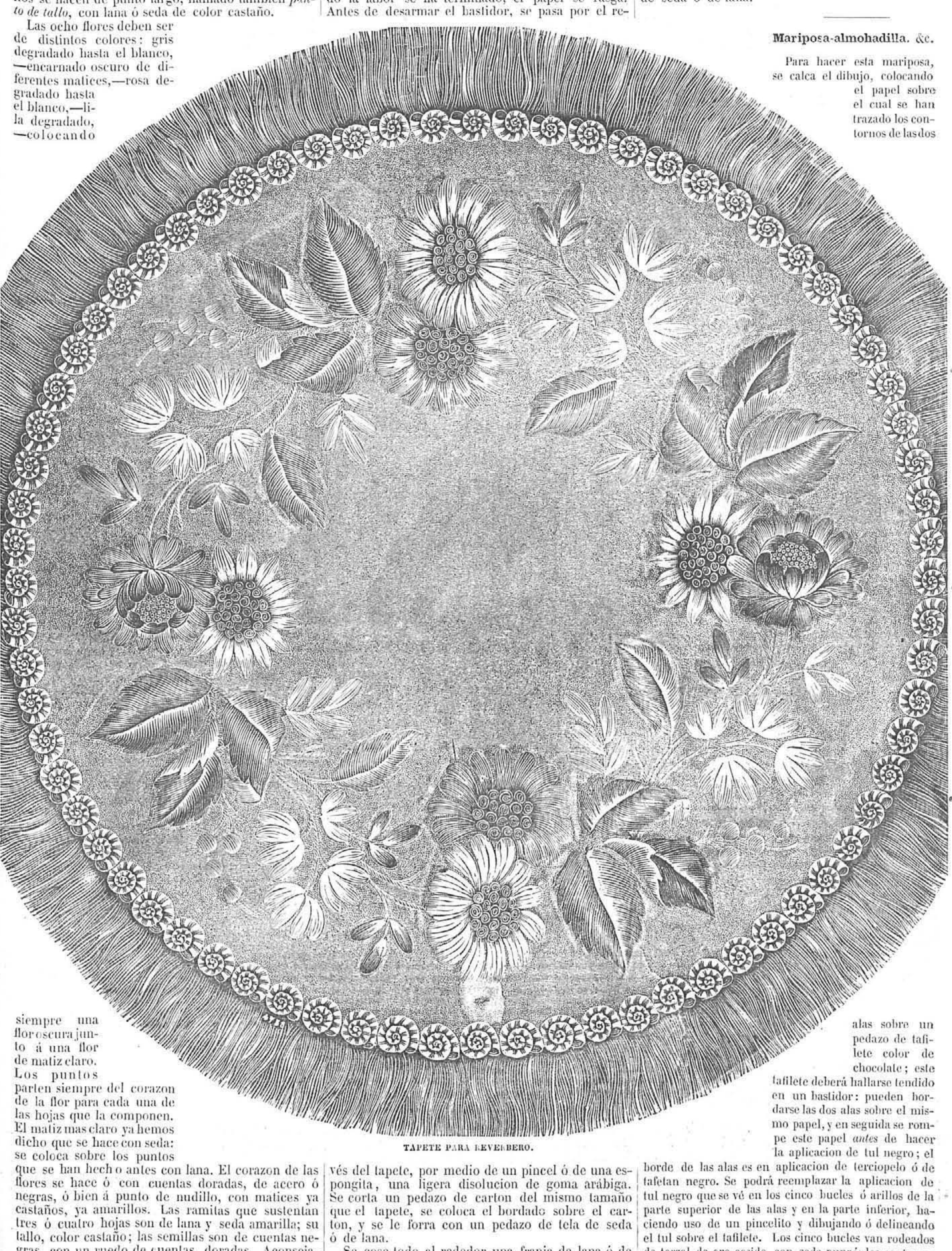


DOS DIBUJOS PARA CROCHET.

corre á lo largo de las hojas, otros con corta diferencia horizontales; en las hojas de matiz claro estos nervios se harán con seda; en las de matiz oscuro se harán de lana todavía mas oscura. Los tallos se hacen de punto largo, llamado tambien *punto de tallo*, con lana ó seda de color castaño.

Las ocho flores deben ser de distintos colores: gris degradado hasta el blanco, —encarnado oscuro de diferentes matices,—rosa degradado hasta el blanco,—lila degradado, —colocando siempre una flor oscura junto á una flor de matiz claro. Los puntos parten siempre del corazon de la flor para cada una de las hojas que la componen. El matiz mas claro ya hemos dicho que se hace con seda: se coloca sobre los puntos que se han hecho antes con lana. El corazon de las flores se hace ó con cuentas doradas, de acero ó negras, ó bien á punto de nudillo, con matices ya castaños, ya amarillos. Las ramitas que sustentan tres ó cuatro hojas son de lana y seda amarilla; su tallo, color castaño; las semillas son de cuentas negras, con un ruedo de cuentas doradas. Aconsejamos á nuestras lectoras que calquen este dibujo sobre papel muy fino, que coloquen el papel sobre la tela del fondo, extendida en un bastidor; despues, que borden sobre el papel mismo; cuando la labor se ha terminado, el papel se rasga. Antes de desarmar el bastidor, se pasa por el revés del tapete, por medio de un pincel ó de una espongita, una ligera disolucion de goma arábiga. Se corta un pedazo de carton del mismo tamaño que el tapete, se coloca el bordado sobre el carton, y se le forra con un pedazo de tela de seda ó de lana.

Se cose todo al rededor una franja de lana ó de seda, y se cubre esta costura con una fila de caracolillos. Si no es posible hallarlos de esos agujereados, que hoy tanto se emplean en las labores de tapicería, se los reemplazará con un galon ó cresta de seda ó de lana.



TAPETE PARA REVERBERO.

Mariposa-almohadilla. &c.

Para hacer esta mariposa, se calca el dibujo, colocando el papel sobre el cual se han trazado los contornos de las dos alas sobre un pedazo de tafilete color de chocolate; este tafilete deberá hallarse tendido en un bastidor: pueden bordarse las dos alas sobre el mismo papel, y en seguida se rompe este papel *antes* de hacer la aplicacion de tul negro; el borde de las alas es en aplicacion de terciopelo ó de tafetan negro. Se podrá reemplazar la aplicacion de tul negro que se vé en los cinco bucles ó arillos de la parte superior de las alas y en la parte inferior, haciendo uso de un pincelito y dibujando ó delineando el tul sobre el tafilete. Los cinco bucles van rodeados de torzal de oro cosido con seda punzó; los contornos

del tul se figuran en la parte inferior con torzal punzó. El borde de las alas deberá festonearse con seda negra fina. La parte negra (aplicacion de tafetan ó de terciopelo) que se halla junto á la cabeza de la mariposa está orlada con cuentas de oro talladas: las crucecitas son de cuentas de acero. Las figuras que se hallan rodeadas por las cruces se hacen con puntos en sesgo; cada punto está compuesto de tres cuentas de cristal, — tres cuentas de oro, — tres cuentas de cristal; haciendo de nueve á diez puntos semejantes. Los cuatro puntos de abajo son enteramente de cuentas de cristal.

El cuerpo de la mariposa se compone de un pedazo de ballena algo mas corto que nuestro dibujo, cortado en punta en la parte inferior, el cual se forra de lana ó de terciopelo negro, colocando despues sobre él hileras de cuentas de oro talladas, muy apretadas unas contra otras. La parte inferior está tambien cubierta con las mismas cuentas, fijadas de trecho en trecho con torzal de seda negra, como lo indica nuestro dibujo: este torzal atraviesa horizontalmente la parte inferior; las cuentas son bastante gruesas en el medio, y mas pequeñas en los lados. Un torzal gueso, de seda negra, dispuesto horizontalmente, separa la parte superior de la inferior. Los ojos se imitan con dos cuentas negras gruesas. Se pasará al través de la cabeza un pedazo de cobre dorado, muy delgadito, para figurar las antenas, en cuyas extremidades se coloca una cuenta de oro.

Se corta en tafilete negro un segundo par de alas, sobre las cuales se vuelven á cortar otros dos ó tres pares de flanela blanca, si se quisiese hacer una almohadilla ó acerico, ó de lana negra, si se ha de hacer un limpiaplumas: se reunirán todas estas alas (colocando debajo las de tafilete negro), y se las cose á cada lado del cuerpo de la mariposa.

MODAS DE PARIS.

Antes de emprender la revista de novedades destinadas á embellecer á las damas en la próxima estacion, ¿no seria conveniente á mis lectoras el que dirigiesen una mirada retrospectiva á los objetos que han compuesto sus equipos durante el pasado invierno? No es posible que todo esté fuera de servicio, y la industria femenina debe ejercitarse de modo que disminuya los dispendios y evite los gastos inútiles, á fin de aprovechar estos ahorros en ventaja de su familia, así como de los pobres, que mas larga parte podrán tener en los socorros que su caridad les destine. La tela, los adornos, la hechura de un trage, ascienden á una cantidad considerable, y debe hacer honor á cualquiera el tratar de hacer este gasto mas llevadero.



PEINADOS.

Números 1 y 2. TURBANTE MORISCO.— Se divide el cabello en cinco ó seis cabos que se cruzan unos sobre otros, colocando debajo un ahuecador crespo. Se hace en la parte de delante de la cabeza una media corona con cabellos rizados. Se toman dos anchas tiras terminadas por un fleco, las cuales serán de tul de seda, ó de gasa de seda á listas atravesadas; con ella se envuelve el rodete por detrás, se las dispone en torcetes poco apretados, y despues de que han rodeado graciosamente la cabeza, se hacen caer sus extremidades al lado izquierdo.

Números 3 y 4.—Este peinado se compone, por detrás, de una trenza dispuesta en forma de S, sujeta por cada lado con una agujeta de concha incrustada de oro, y contenida en medio por un peinecillo. Una corona de cabellos rizados, que se coloca como una guirnalda de flores, se dispone en la parte anterior de la cabeza. Los cabellos de los bandós cruzan de trecho en trecho esta corona y la cubren. Delante, en medio, se pone una rosa; una rama del mismo arbusto, con flores, capullos y hojas, adorna uno de los lados del peinado, y termina cayendo sobre el hombro.

Números 5 y 6.—Este peinado conviene para una jóven soltera, ó para una casada muy jóven. La mitad de los cabellos de detrás se dispone en esterillas ó trenzas anchas, y la otra forma una penca, cuyo extremo inferior se revuelve hácia adentro y a lí se sujeta, cayendo el resto sobre el cuello. Se ata en seguida al rededor de la cabeza la cinta estrecha ó cordon destinados á formar una redecilla que recuerde la red griega. Se aseguran en esta cinta de trecho en trecho otros pedazos de cinta, que vuelven á atarse debajo del cabello de detrás, despues se forman los cuadros de la redecilla colocando otras cintas en sentido opuesto. La ancha esterilla de cabello se trae por cima de la redecilla, y se la ata detrás. Los cabellos de delante no se han cortado; aunque muy largos, se rizan y se mantienen con la ayuda de las horquillas nuevamente inventadas por Mr. Croizat. El lazo MARIPOSA que se hace en lo alto de la cabeza, se arma sobre un peinecillo que se coloca sobre la cinta que sirve para formar la redecilla. Se la rodea con cocas de cinta del mismo color del resto del adorno.

Examinemos los trages del año pasado, y veámos si se halla medio de escatimar uno siquiera al presupuesto del invierno próximo; este resultado seria ciertamente muy satisfactorio, porque un trage representa en este momento muchos centenares de francos.

¿Habeis usado mucho un lindo trage de gró adornado con guarniciones? La enagua está todavía bella; pero el corpiño desgraciadamente se halla *desfigurado, y hasta gastado por debajo del brazo.* Buscad entre los patrones uno de zuava; hacedla de casimir ó de terciopelo negro: el chaleco es inútil, porque quitándole las mangas al corpiño del *trage llevaréis la zuava sobre el mismo corpiño*, del cual solo se verán los delanteros que habrán de pasar la plaza de chaleco. Este vestido os prestará todavía importantes servicios: nada hay que se oponga á que lo lleveis á visita con un chal encima, ó bien con una manteleta ó una capa. Podreis tambien usarlo para una de esas reducidas é íntimas reuniones, durante las cuales se hace labor y se conversa al rededor de una mesa, mientras que las personas respetables juegan al whist.

¿Teneis un trage de terciopelo, sorprendido en medio de su brillantez y de su frescura por la moda que ha decretado la adopcion de la crinolina? Este trage, demasiado estrecho y demasiado corto, *vegeta tristemente en el fondo de un armario.* Es menester sacarlo pronto de allí; pero es estrecho. Cortad cuatro paños en punta; esto bastará para dar á la enagua una razonable amplitud. He dicho CUATRO paños; porque esta cifra es rigorosamente indispensable cuando las telas tienen revés. Ved la enagua suficientemente ancha. ¿Pero es demasiado corta? En este caso no conozco mas que un medio capaz de remediar la desgracia; pero el tal medio es bueno. Ocasionará algun gasto sin duda: *sin embargo, creo que la economía bien entendida* no retrocederá ante su adopcion, puesto que vá á resucitar un bello y rico trage condenado al abandono. Es menester comprar terciopelo, y colocar *en la parte inferior de la enagua, en su orilla, un* volante pequeño, no fruncido, sino plegado á grandes pliegues huecos. El ancho de este volante ha de subordinarse al largo de la enagua.

Esta combinacion puede aplicarse á todos los trages que se hallan en las mismas desventajosas condiciones. Aun cuando el trage fuese de dos ó de mas colores, nada hay que impida el que el volante destinado á alargarlo sea de tafetan del mismo color que el mas oscuro de los que entran en la tela del trage. Por ejemplo: un trage de damasco, azul oscuro y negro, puede alargarse por medio de un volante encañonado de tafetan negro; las enaguas deberian guarnecerse con un volante igual, armado sobre una pestaña, como el de la enagua.

¿Teneis una corona de flores demasiado marchitas para esponerla á la vivísima claridad de las *arañas? Añadidles un velillo redondo de encage ó de* imitacion, y compondreis así un tocado suficientemente lucido para que le lleveis al teatro.

En cuanto á las guarniciones de vuestros trages, *no os inquieteis por ellas: están tan de moda este* invierno como lo estaban un año há. Cualquiera podia, años hace, preocuparse de la novedad, porque cada estacion tenia su estilo bien señalado, y cada cosa estaba marcada con una estampilla que acusaba su fecha: pero todo ha cambiado hoy; *todas las guarniciones se admiten revueltas unas con* otras, y nada hay que indique su edad. ¡Privilegio feliz! Lástima es que no pueda trasmitirse de los vestidos á las personas que los llevan.

Lo mismo sucede con las telas. En otro tiempo una temporada entera se consagraba á las telas lisas, otra á las listadas, otra á las á cuadros, otra á los ramos pequeños y otra á los ramos grandes. Cuando se veia un trage liso durante la temporada, por ejemplo, de los ramos pequeños, se decia: Madame *** hace cinco años que tiene el mismo trage. Lo mismo para los demás dibujos. Hoy la novedad propiamente dicha no existe: las telas lisas, las de ramos grandes y pequeños, las á cuadros de todos tamaños, las de listas al ancho y de arriba abajo, salen á luz en la misma temporada, y ninguna tiene derecho á mirar con desden á sus compañeras. Lejos de lamentarnos de esta confusion, la aplaudimos cordialmente, porque en ello gana la economía, y cualquiera puede llevar un trage mientras tanto que el trage sea *llevable.*

¿Qué mas os diré en nombre de la economía? Ah! *Oid un pormenor que no debe descuidarse.* Añadiendo un bavolet y unos cabos de terciopelo á un sombrero de crin ó de tul, se le puede continuar usando hasta bien entrado el invierno.

Llegamos en fin á la revista de las novedades de



MODAS DE PARIS.

la estacion, y vamos á ocuparnos de las que hemos tenido ocasion de ver en alguno de los principales establecimientos de este género.

Las capas destinadas á la estacion próxima tienen este año formas particularmente elegantes. Casi todas participan de la gran esclavina redonda, que no es otra cosa que un gran talma que se prolonga hasta los piés: el paño-terciopelo es el especialmente consagrado para las capas de medio vestir; los matices del gris con tinte azul me han parecido dominar en las colecciones que he examinado. Uno de aquellos grandes cuellos, que convendria perfectamente á una señorita jóven, era de paño terciopelo gris; está adornado con un galon de doble cara, lila por un lado, blanco por otro, y presenta, en las varias combinaciones del dibujo, ya uno, ya otro de los dos colores. Esto de las dos caras es cosa que con frecuencia se ha visto y se vé en el mundo; pero en las personas, no en las capas.—Otra de estas, de paño negro, está adornada con un bordado en forma de fichú por detrás, de solapa por delante, imitando un bello encage: es de una elegancia suprema.

Un gran cuello, llamado *Rodrigo*, al cual se adaptan mangas, me ha parecido deber ser particularmente *confortable*.

Mencionaremos tambien unas grandes capas de gró de canutillo, muy amplias, adornadas de encage ó guipure, ó bien de pasamanería: tienen mangas las unas y pelerinas las otras, y todas una forma muy graciosa, original y nueva, sin perderse en la escentricidad.

En cuanto á las telas, vamos á examinarlas por su órden, principiando por lo mas bajo de la escala; inferioridad que no es absoluta sino relativa; es un asunto de mera clasificacion, porque frecuentemente una tela modesta presenta el sello del buen gusto con preferencia á otras mas costosas.

Hay la tela llamada EPINGLÉ, cuyo fondo es de lana, sobre la cual brillan mil lentejuelas de seda. La hay de todos los matices, color sobre color. Nada es mas conveniente para trage de mañana.

Siguen las popelinas á cuadros de todos los colores, flexibles y sedosas. Terciopelo de lana, llamado JARDINERA, á causa de los ramos en miniatura de que está sembrado. No olvidemos los trages de lana que llevan por adorno una especie de enrejado por la parte de abajo de cada uno de los paños de la enagua, ni los dibujos compuestos de una doble corona sobre un enrejado del mismo color.

En cuanto á las sederías, la enumeracion seria imposible: brocateles, gros con enrejados, con losanjes, con ramos, paños de seda, etc. Pero la tela mas espléndida es sin contradiccion el muaré ANTIQUE con ramos CHINÉS. La gradacion de los matices llega hasta un tono de plata verdaderamente deslumbrador. Los hay de fondo negro con flores lilas ó verdes; otros salpicados de lirios de los valles rodeados de su follage; otros, en fin, con dibujos y ramos bordados.

De este artículo podemos deducir que la elegancia no es un privilegio reservado á las damas opulentas. El dinero no dá el buen gusto, y se puede ser á un tiempo elegante y económica.

Esta es una excelente noticia, que no sospechan muchas personas.

MARIPOSA ALMOHADILLA.

EL SANTO DE GUANABACOA.

V.

(CONCLUSION.)

Aquel era el santo de Guanabacoa, que despues de descerrajar la puerta, entró tranquilamente en el patio de la casa cubierto de alta y espesa yerba, subió la escalera, recorrió los salones, y por fin se sentó en el extremo de la galería donde diariamente se oia el grito del alma.

Dieron las doce: el santo habia apagado la lámpara: la noche era oscura, el silencio profundo; ni una hoja se movia: el ave nocturna plegaba medrosa sus alas y nada turbaba el alto silencio.

El santo acurrucado rogaba en un extremo de la galería. Habia concluido la vibracion de la última campanada de las doce, cuando por la escalera del patio se adelantó una figura colosal. Venia envuelta en un manto negro.

Entre la oscuridad se confundian las líneas de su estatura, y las de su cabeza y barba blanca como la nieve.

Con paso grave y misterioso fué adelantándose, y ya cerca del santo, gritó con lastimera voz:

—¡Ay de mí! ¡ay de mí!... ¿Caigo, ó no caigo?

—No caerás, hombre de mala fé, le dijo el santo, dando un brinco y arrojándose al cuello del fantasma, que con sus brazos de hierro lo apretó tan terrible y cruelmente, que si dura la presion un momento mas, la muerte del santo hubiera sido instantánea.

Pero el santo no exhaló ni un ¡ay! ni un suspiro, y casi ahogado cayó al suelo como muerto.

El alma en pena desapareció.

Y cuando el santo recobró el sentido arrojando sangre por la boca, volvió al convento, seguido por la gente que observaba en su fisonomía las señales de la lucha terrible que tan en peligro habia puesto su vida, y que él en su paciencia y caridad á nadie revelaba.

VI.

Llegó la siguiente noche: á la misma hora entró el santo en la casa de cadenas y aguardó el alma en pena, y dieron las doce, la una, las dos y las tres, y nadie turbó el silencio. Nada revelaba que por allí hubiera podido pasar un ser humano.

El santo volvió á la noche tercera.

Muy grande era la oscuridad, y sonaron las doce: el alma, no vino; entonces el santo se dirigió al barrio de corral falso, hácia donde se oia el cencerro.

De un espeso monton de tamarindos comenzaron á adelantarse pausadamente cuatro caballerías cubiertas de paños mortuorios conducidas por un hombre alto y seco, cuya barba como la nieve removia el viento.

Poco á poco venia la recua: parecian el conductor y las caballerías emanacion del infierno.

Era aquella la gran figura de la casa de cadenas y traia la misma ropa talar.

El cencerro de la recua que sonaba espantando con su lúgubre sonido al fin llegó: entonces el santo se arroja á las bridas de la caballería.

—Hombre de mala fé, deten el paso y pide perdon á Dios por tus culpas, le dijo con poderoso acento.

El alma nada respondió; pero una bala de arcabuz hirió al santo que cayó á tierra, á donde fué pisoteado por las caballerías.

A la mañana los vecinos del corral falso le recogieron como muerto y lo llevaron al convento.

Ni en la casa de cadenas, ni en el corral falso volvió á aparecerse el alma.

VII.

Hacia diez noches que la vecindad estaba tranquila; pero á las doce del onceno dia volvió á oirse el ¡ay! de la casa de cadenas y el cencerro de corral falso...

Al dozavo á la caida de la tarde, un viejo llegó al convento.

—Avisad al santo, dijo con voz lastimera, que un hombre que muere necesita del óleo bendito.

El santo aun sufria de las heridas de la bárbara recua, y adolorido se levantó del lecho, cubrió con sus hábitos el óleo, y entregándole el farol al que lo buscaba le dijo:

—Vamos á la casa del moribundo.

Y por el camino iba meditando en el alma en pena y decia en su corazon: Cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos buscando descanso y no lo halla.

Y al llegar á una humilde casa de guano, muy apartada del centro de la poblacion, se adelantó el viejo y le dijo: — Aquí es.

En el último cuarto de la casa estaba el moribundo; lo cuidaba una mujer anciana en cuyos ojos brillaba la idea del delito.

El viejo dejó el farol y volvió atrás á cerrar la puerta.

—Donde está Dios, dijo el santo, no necesita cerrarse.

El viejo sin embargo cerró y volvió á la sala oscura donde estaba el enfermo.

El santo habia entrado ya, y de rodillas oraba humilde al lado de la cama.

La cabeza de aquel hombre era la del alma en pena de la casa de cadenas y la del carbonero del corral falso. Tenia los cabellos erizados, la barba descompuesta, lívido el semblante, los siniestros ojos inyectados en sangre.

El santo al bendecirlo reparó que el viejo del farol empuñaba en vez de la lámpara un puñal agudo.

Volvió los ojos y vió que el enfermo se levantaba agitando otro puñal mas ancho y reluciente.

La mujer estaba inmóvil contemplando el principio del crimen en un extremo de la sala.

El alma en pena iba á arrojarse desde el lecho sobre el débil fraile.

—No te levantes, que vas á morir; encomiéndate á Dios, que apenas tienes tres minutos de vida... Encomiéndate á Dios, infeliz pecador, y salva tu alma, dijo el santo tendiendo sobre él sus manos suplicantes y sus ojos llenos de caridad, y acercándose al lecho con la cruz de plata empapada en óleo bendito.

El viejo fantasma en aquel momento sintió un dolor agudo, muy agudo, que le abrasó el corazon y que lo dejó como herido del rayo.

—¡Piedad Dios mio! gritó cayendo sobre la tierra moribundo.

—Mal cristiano, le dijo el santo al viejo del farol; deja el puñal y vén aquí á alumbrar al óleo bendito.

El viejo se acercó temblando á alumbrar la uncion; la mujer que estaba muerta de miedo se adelantó tambien y bañó con lágrimas los piés descalzos del santo de Guanabacoa, que oyó la confesion de aquel desgraciado.

De aquel desgraciado que era el inquisidor Valdivieso, padre de tres hijos, que vivian encerrados hacia muchos años en un subterráneo de la casa de las cadenas; amante de doña Giomar Miraflores de Pulgaron la beata, que era la mujer que á los piés del santo se arrepentia de sus pecados, ayudando á bien morir al inquisidor, que á los pocos minutos, en medio de los mas horribles dolores entregó el alma al Criador pidiendo misericordia.

—Ahora, doña Giomar, vé á libertar á tus infelices hijos: y ya que hasta hoy has vivido para la hipocresía y el delito, vive ahora para la virtud y la penitencia.

Los hijos de doña Giomar fueron luego una ilustre familia buena y cristiana.

Y el santo de Guanabacoa, que debió aquella noche morir asesinado por la mano de Valdivieso, vivió muchos años admirado por su gran caridad y sabiduría, y murió siendo el objeto del amor y veneracion profunda de la villa.

Esta tradicion y la memoria de su vida ejemplar serán eternas.

El tiempo no podrá con su onda de nieve borrar estos recuerdos que conservo de los años tranquilos y felices de la niñez, y que ahora voy desenterrando con melancolía de las telas del pobre corazon, heridas por la mano de la desgracia que no se acaba nunca.

José GUELL y RENTÉ.



ROMANCE.

Yo, en nombre de las que aquí
acudimos al reclamo
de la subasta de un novio,
que fué peregrino chasco:
despues de pedir la vénia,
como es uso en tales casos,
rompo á hablar, porque reviento
si un minuto mas me callo.
¿Cómo, pues, viejo estantigua,
pudo usted ser tan osado
que en licitacion se ponga
con tal facha y con tal garbo?
Hiciéralo algun buen mozo
de crespo bigote y áspero,
hombre de altivez y empuje,
mofletudo y *colorado*;
muelas á prueba de nueces,
salud á prueba de callos,
y *que* si estornuda, suene
á cañon de á veinticuatro;
en fin, uno de esos hombres
que pueden tirar de un carro:
pues con esto y diez cortijos,
y un agujero en las manos
por donde derrame onzas
cual otro pudiera ochavos,
en gracia de estampa y rumbo
pasárasele lo fátuo.
Pero usted, que solo tiene
cuatro pelos, y esos canos,
debajo de los que esconde
sus seis *docenas de años*;
usted, con cara de alcuza,
con tez color de lagarto,
y *cuyo garboso cuerpo*
es de una etcétera el rabo;
usted, y esto lo peor,
pobreton tras de lo asmático:
¿por qué en vez del cementerio,
donde há tiempo que archivado
debiera de estar su bulto,
se atreve á buscar el tálamo?
¡Pues qué, tan poco valemos?
¿Pues qué, tan de sobra andamos
que á todo el que diga ENVIDO
hemos de alargar la mano?
Yo sé bien que las mugeres
no tienen otro guisado;
mas vale mas quedar crudas
que servir para tal plato.
La que por amor se casa
con un pobre, de antemano
va resignada á sufrir
de la pobreza los daños:
si ellos la afligen, para eso
lo compensa el tierno halago
de aquel su mútuo cariño
que es de sus almas encanto.
La que unió su suerte á un hombre
por interés ó por cálculo,
si males ó contratiempos
le dan sus frutos amargos,
justo es los conlleve, en gracia
de los goces disfrutados,
que quien está á las maduras,
que esté á las duras es llano.
¿Pero usted, qué nos ofrece
de nuestra aquiescencia en cambio?
su cesantía, que es hambre,
su persona, que da asco,
sus alifafes, que es peste,
su ruindad, que pone espanto;
en fin, un novio de pega,
que ni es carne ni es pescado.
Sus lacras, sus mataduras,
hijas de vicios de antaño,
y que adquirió siendo pollo
en tiempo de Carlos cuarto,
él solo allá se la sufra;
mas no busque el mentecato
una mujer que le sirva
para arroparle el catarro,
ponerle las cataplasmas
ó darle unto al esp nazo.
Solteron impenitente,
que *tras correr tu caballo*
por medio siglo, hoy te ves
viejo, pobre, feo y magro,
¿crees tú que el matrimonio
es algun cuartel de inválidos?
Y aun pase lo de la tos,
lo del asma y lo del flato,
si tras de aquesto asomaran
lujo, carruages, teatros,
gran casa, siete modistas,
buena mesa y barro á mano,
que á BUEN BOCADO BUEN GRITO,
dice un español adágio.
Mas por toda perspectiva
nos ofreces, ¡de ira estallo!
para el estómago, alúvias
con entremés de gazpacho,
para *la decencia*, co o,
y ese á diez y seis cuartos,
pasteles que otro digieran,
y el olor de los saraos,
que es llegar y no pegar,
como el suplicio de Tántalo.
Purgatorio que no espera
la gloria tarde ó temprano
es infierno, en el que usted
haría el papel del diablo;
y en verdad que para serlo
no le falta mas que el rabo.
Déjese pues de bodórrio;
y si el ócio le dá enfado,
en vez de buscar esposa
váyase á espulgar á un galgo.
Sexo, tú, que eres del hombre
la delicia y el regalo;
tú la mas dulce y mas bella
mitad del género humano;
tú, que con santas virtudes
eres del hogar encanto:
con indignacion rechaza
á todo aquel insensato
que considerarte ose
cual prenda vil de mercado.
Obtenga tu corazon
quien el suyo te dé en cambio;
pero eso de que un cualquiera,
por solo ser hombre, ufano
piense que á la voz de boda
se irán tras él al reclamo,
y *no habrá sino* escoger
como peras en canasto;
eso, compañeras mias,
nunca debeis tolerarlo.
Alzad contra esta injusticia
el grito; mas consolaos
al ver que así de vos piensan
los necios solo y los fátuos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



EL NOBLE EN LA MISERIA.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

I.

A fines del mes de julio de 1842 una carretela descubierta corria por una de las tres espaciosas carreteras que conducen de las fronteras holandesas á Amberes. Aunque se notaba que este carruaje habia sido limpiado con esmero, todo en él presentaba las señales de una pobreza evidente. La caja dislocada por un largo uso vacilaba á un lado y otro sobre la sopanda, y crugia como un esqueleto en los gastados cubos de las ruedas. El cuero resplandecia al sol, gracias al aceite con que le habian untado; pero este brillo pasajero no disimulaba las grietas y las numerosas aberturas que por do quiera le surcaban. Los adornos de cobre se hallaban en verdad muy lustrosos, tanto los habian frotado; pero los vestigios de la capa de plata que habian tenido, visibles aun en las partes hondas, atestiguaban una antigua opulencia muy decaida, si es que no habia desaparecido totalmente.

Enganchado á esta carretela iba un caballazo robusto, de paso corto y pesado, que á primera vista daba á conocer que se ocupaba en faenas mas penosas, y que *tenia la costumbre de tirar de un carro* y *de abrir surcos*.

En el pescante estaba sentado un jóven lugareño de diez y siete ó diez y ocho años, vestido de librea; un galon de oro adornaba su sombrero, y en su casaca *brillaba una botonadura de cobre; pero el sombrero le cubria* la frente y la casaca le era tan grande, que estaba perdido en ella como en un saco. No cabia duda que estos vestidos, propiedad del amo, habian servido á los predecesores del lacayo en cuestion, y que durante una larga *série de años habian debido pasar de mano en mano* hasta el individuo que actualmente los disfrutaba.

La única persona que iba en la carretela era un hombre de unos cincuenta años, y nadie seguramente habria creido que era el amo de aquel lacayo novicio y de *aquel vetusto carruaje, pues todo en él imponia consi*deracion y respeto.

Con la frente inclinada y sumergido en una meditacion profunda, permanecia inmóvil hasta que un ruido cualquiera anunciaba la proximidad de otro carruaje. En este *caso alzaba la cabeza, su mirada se suavizaba* y *tomaba* el sereno brillo del hombre dichoso; mas apenas habia dirigido un gracioso saludo á los que pasaban, un velo de tristeza se extendia otra vez sobre sus facciones, y su cabeza volvia á caer lentamente sobre su pecho.

Bastaba un instante de atencion para experimentar *por este hombre una secreta simpatía*. Su rostro, aunque enjuto y cubierto de muchas arrugas, era tan noble y tan sencillo, su mirada tan suave y tan profunda á la vez, su vasta frente tan pura y tan imponente, que no se podia dudar estuviese dotado de todos los tesoros *que prodiga la naturaleza á* los seres escogidos.

Segun las apariencias habia padecido mucho. Si la expresion de su fisonomía no lo hubiese atestiguado terminantemente, lo habrian patentizado sus canas, que antes de tiempo habian dado á su cráneo una plateada *corona*, y *el brillo sombrío* y *singular que á veces des*pedian sus negros ojos como un reflejo de los pensamientos que le abatian.

El traje estaba muy de acuerdo con el exterior de la persona que le llevaba; presentaba el sello distintivo de *esa rica y aun podria decirse magnífica sencillez, que solo* pueden dar el trato de gentes y un delicado conocimiento de las conveniencias sociales. Su camisa estaba blanca como la nieve, el paño de su frac era de una extremada finura, y su sombrero relucia como si acabara de salir *de manos del sombrerero*.

De tiempo en tiempo, cuando alguien acertaba á cruzarse en su camino, sacaba una hermosa cajita de oro, y tomaba un polvo de rapé de una manera tan distinguida, que solo con este ademan se habria conocido que *pertenecia á una clase elevada*.

Es verdad tambien que un ojo escudriñador y malévolo, mediante un severo exámen, habria podido descubrir que el cepillo se habia llevado el pelo de la casaca de aquel noble; que las sedas de su sombrero habian sido *aplicadas con mucho trabajo en ciertos lugares pelados*, y que sus guantes habian sido cosidos muchas veces. Mas aun: si la mirada hubiese podido penetrar en el suelo del coche, se habria visto que la bota izquierda estaba agujereada por un lado, y que la media gris que debajo *se encontraba habia sido ennegrecida con tinta; pero* estas señales de indigencia se hallaban disimuladas con tal arte, y en el modo de llevar aquellos vestidos se notaba tanto la desenvoltura de la riqueza, que todo el mundo se habria quedado convencido de que si su due*ño no se ponia otros mejores, era únicamente porque* aquellos le agradaban.

El vehículo, que no iba despacio, seguia la calzada hacia dos horas, cuando el criado paró el caballo extramuros de la ciudad de Amberes en frente de una posada. *La posadera* y *el mozo de cuadra salieron al punto* y ayudaron á desenganchar el caballo, colmando de señales del mas profundo respeto al señor del carruaje.

Este personaje era sin duda un huésped ordinario de la posada, pues todos le llamaban por su nombre.

—*Hace buen tiempo, ¿no es verdad, señor de* Vlierbecke? No obstante, hoy hará calor; si lloviese un poco no le vendria mal á la tierra, ¿no es verdad, señor de Vlierbecke? ¿Echaremos un pienso al caballo? ¡Ah! el criado le trae; ¿necesitais alguna cosa, señor de Vlierbecke?

Mientras la posadera le hacia estas y otras preguntas con mucha rapidez, el señor de Vlierbecke se apeaba de la carretela. Entre tanto dirigia algunas palabras afables á la posadera, la felicitaba por su buena salud, pregun*taba por cada uno de sus hijos*, y al fin la *anunciaba que* queria seguir á la ciudad inmediatamente. Al estrecharla cordialmente la mano, lo hizo con cierto aire de benévola proteccion que dejaba intacta la distancia que entre los dos habia; y despues de haber dado algunas órdenes al criado, saludó con afabilidad y se *encaminó á* pié hácia el puente que conduce á la poblacion.

El señor de Vlierbecke se detuvo un instante en un punto aislado de los glácis exteriores, sacudió el polvo que cubria sus vestidos, se pasó el pañuelo por el som*brero* y atravesó en seguida la Puerta Encarnada.

Al entrar en la ciudad, donde los transeuntes no dejarian de mirarle, se enderezó lo mas que pudo, y su fisonomía tomó esa expresion de apacible contento que hace creer á los demás que uno es dichoso.

Y sin embargo, en tanto que una inalterable satisfaccion se pintaba en su semblante, su alma gemia bajo el peso de hondas y dolorosas angustias. Iba á buscar una humillacion, y su corazon se despedazaba con esta idea... Pero habia en el mundo un ser á quien amaba mas que á su vida y á su honra, y era su hija... ¡Por ella habia sacrificado tantas veces su orgullo, por ella habia sufrido tantas veces como un mártir! Y á pesar de esto, su amor le dominaba de tal modo, que cada dolor, cada nueva prueba le elevaba á sus propios ojos, y le hacia considerar el sufrimiento como una cosa que ennoblece y santifica.

Empero su corazon estaba conmovido y precipitaba la sangre en sus venas con mas violencia á medida que penetraba mas en la ciudad, y se acercaba á la casa donde se habia propuesto hacer una penosa tentativa.

(*Se continuará*).

EXTRACTO

DEL DIARIO DE UN POBRE VICARIO DE WILTSHIRE.

15 de Diciembre 1764.

He recibido hoy del rector Schnart diez libras esterlinas como paga de mi semestre. Este dinero, que con tanto trabajo he ganado, no me ha costado menos trabajo el obtenerlo.

Despues de una espera de hora y media en la antecámara glacial del señor rector, he podido en fin penetrar hasta él. Se hallaba muy cómodamente sentado en un sillon cerca de su papelera. El dinero estaba contado de antemano. A mis profundas reverencias solo respondió con un leve movimiento de cabeza, levantando de ella muy pocas líneas su hermoso casquete de seda, que al momento volvióse á calar. Hay en verdad mucha dignidad en sus maneras; así es que nunca he podido aproximarme á él sin esperimentar cierto respetuoso temor. Mi emocion no podria ser tan viva si entráse en la casa misma del rey.



EL QUE ESTÁ ALLÁ ARRIBA PROVEERÁ.

No me invitó á que me sentara, por mas que supiese que aquella mañana me hal ia sido forzoso caminar tres leguas con un malísimo tiempo: ahora bien, el esperar en pié durante hora y media en su antecámara, no era por cierto lo mas á propósito para que descansasen mis pobres piernas. Todo lo que hizo fué señalarme con la mano el dinero.

Sentí latir con violencia mi corazon en el momento de dirijirle la súplica de un aumento en mi haber; súplica que yo habia preparado muy de antemano. Ay! ¿por qué no puedo jamás vencer mi timidez en las cosas mas inocentes, y aun puedo decir mas justas? Con el corazon tan oprimido como si se tratara de cometer un crímen, traté por dos veces, aunque inútilmente de tomar la palabra. Memoria, voz y frases me faltaron á la vez. El sudor cubría con gruesas gotas mi frente.

«En fin, ¿qué es lo que quereis?» me preguntó el rector con su voz aterradora.

—Todo está tan caro!... Apenas se puede vivir con honorarios tan pobres, sobre todo con estos tiempos tan crudos...

—Pobres honorarios! ¿Sabeis, señor vicario, lo que os decís? Por quince libras esterlinas puedo cualquier dia encontrar otro vicario.

—Quince libras esterlinas! No digo que nó, señor rector, sobre todo si ese vicario no tiene familia. Entonces es posible que esa cantidad le baste.

—Sin embargo, creo que vuestra familia no se ha aumentado. ¿No teneis, como antes, dos hijas?

—Sí señor, pero los años pasan. Mi Jenny, la mayor, tiene ahora diez y ocho años, y Polly la segunda, va muy luego á cumplir los doce.

—Tanto mejor: esas jóvenes podrán trabajar pronto.»

Iba á responder á esta observacion, pero él no me dió tiempo para tomar la palabra, y levantándose se dirijió á la ventana; en seguida, tocando el tambor con los dedos en los cristales, me dijo: «No tengo hoy tiempo de escucharos mas. A vos os toca reflexionar si con quince libras esterlinas al año podeis conservar vuestro destino. Me comunicareis el resultado de vuestras reflexiones. Si la dicha cantidad no os bastase, todo lo que yo puedo hacer es desearos que halleis una colocacion mejor para el año próximo.» Acompañó estas palabras con un atento saludo, y llevó ligeramente la mano á su casquete. Apresuréme entonces á guardar el dinero en mi bolsillo, y salí recomendándome á su benevolencia.

Quedé como herido de un rayo. Nunca me habia hecho una recepcion ni una despedida tan frias. No dudé entonces de que era víctima de alguna calumnia. Ni aun me habia convidado á comer, como acostumbraba. Y sin embargo, contaba con ello, puesto que habia partido de mi casa muy temprano y en ayunas. Compré un pan pequeño al primer panadero que hallé, y volví á tomar tristemente mi camino.

Ay! cuál fué mi abatimiento al recorrerlo! Lloraba como un niño, y mis lágrimas regaban aquel pan que con tanta avidez comia.

¿Y bien, Tomás ¿no te avergüenzas de no tener valor? ¿Dios no existe siempre? ¿Qué sería si hubieses perdido del todo tu destino? Bien mirado, solo tienes cinco libras esterlinas menos al año. Es verdad que es la tercera parte de tu haber anual, y que solo te quedarán diez peniques por dia para alimentar y vestir á tres personas: —bien, ¿y qué?—quién es quién dá á la azucena de los campos su blanco vestido y el pasto á la silvestre alimaña?—Todo se compondrá suprimiendo alguna cosa de nuestro antiguo bienestar.

16 de Diciembre.

Comienzo á creer que Jenny es un ángel del cielo. Su alma es mas bella aun que su cuerpo, y casi me ruborizo de ser su padre. Ella es, en efecto, cien veces mejor y mas piadosa que yo.

Ayer noche no tuve valor para anunciar á mis hijas la desgracia que nos abrumaba. Cuando hoy por la mañana las instruí de ella, la fisonomía de Jenny tomó por algunos instantes un tinte sombrío; pero recobrando al momento su alegria, me dijo:

—Padre? y eso te inquieta?

—¿No tengo razon bastante para ello, hija mia?

—No, padre mio: no debes atormentarte por tan poca cosa.

—Pero, querida de mi alma, ¿cómo podremos satisfacer nuestras deudas todas? Confieso que no sé qué hacer. ¡Nos faltan tantas cosas! ¿Qué hacer con quince guineas? Apenas nos alcanzará para alimentarnos.»

En vez de responderme, Jenny pasó tiernamente su brazo al rededor de mi cuello, y señalándome el cielo con su mano, me dijo: «El que está allá arriba proveerá.»

Polly vino á sentarse sobre mis rodillas, me hizo mil caricias y me dijo: «Padre mio, voy á contarte un sueño que he tenido esta noche. Soñé que estábamos en el primer dia del año, y que el rey con toda su corte se habia detenido delante de nuestra puerta y nos pedia hospitalidad. Nosotros nos encontrábamos en el mayor apuro para darles algo que comiesen; pero el rey hizo traer su comida en platos de oro y de plata. A la parte de afuera se oian sonar tambores y trompetas. De repente un page se adelantó hasta tí y te presentó sobre un cogin de terciopelo una mitra de obispo cuajada toda de oro. El rey la tomó y te la puso en la cabeza. Tú la recibiste con gran respeto, y yo me hallaba en el colmo de la dicha, cuando Jenny vino á despertarme, lo cual me causó enfado. Es evidente que este sueño con su regalo del primer dia del año, nos presagia algun acaecimiento feliz. Ahora bien, para ese dia solo nos faltan catorce.

—Hija mia, los sueños son sueños.

Pero ella me replicó: «Los sueños, Dios es quien los envia.»

Confieso que no creo en sueños. Sin embargo, voy á tomar nota de este para ver si es una señal de consuelo que el Señor nos envia. ¿Qué razon hay para que el año nuevo no nos traiga algo de la felicidad, que ahora nos vendria mejor que nunca?

He estado haciendo cuentas todo el dia. Aborrezco las cuentas. El cálculo y el manejo del dinero me quiebran la cabeza. Tengo el corazon vacío, y sin embargo siento en él un gran peso.

(*Se continuará.*)

Explicacion del grabado «Modas de Paris».

TRAGE DE POPLIN AZUL OSCURO. La guarnicion se compone de seis volantes de glasé del mismo color. Tres de ellos, que tengan respectivamente 9, 8 y 7 centímetros de ancho, se colocan en lo bajo de la enagua. Una tira de terciopelo negro de 6 centímetros de ancho los separa de otros dos volantes, que tienen 6 y 5 centímetros de ancho, sobre los cuales corre otra segunda tira, tambien de terciopelo negro, de 5 centímetros. Encima de esta va colocado el último volante, de 4 centímetros, y cuya cabeza tiene 3. Todos los volantes se recortan con un sacabocados. Corpiño abotonado y en punta. Mangas anchas adornadas con dos volantes de la tela de la enagua, de 6 y 5 centímetros, y sobre ellos una tira negra de terciopelo de 4 centímetros. Esta tira se guarnece por el otro lado con un plegado sencillo que sube hasta el hombro.

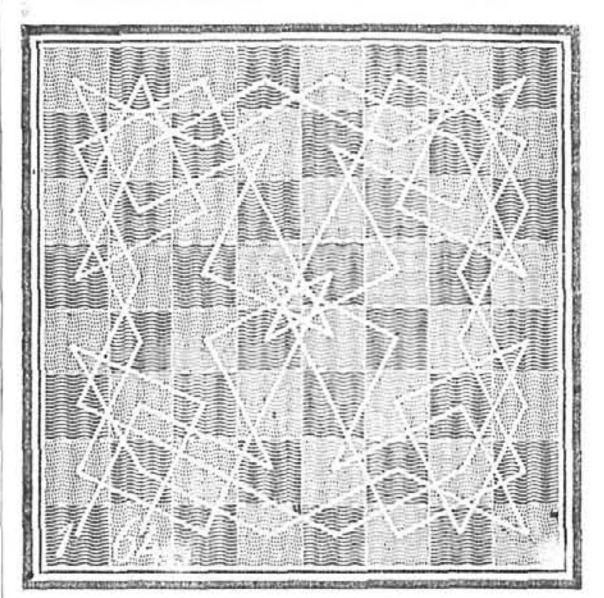
TRAGE DE GLASÉ COLOR DE CANELA. La enagua se guarnece con tres tiras de drogué de color mas oscuro que el de la tela del trage, orladas con un plegado tambien de drogué, del mismo punto de color que las tiras. Corpiño abotonado y con punta: mangas anchas, guarnecidas como la enagua.

VESTIDO DE NIÑO. Enagua y chaqueta zuava de pelo de cabra á listas blancas y azules. La chaqueta y la enagua se guarnecen con una tira de casimir azul; ojales y botones del mismo color de la tira; camisa abofada de nansouk; cuello liso; mangas con igual adorno; calzones blancos, que lleguen solo hasta la liga.

Distribuimos con el presente número una magnífica estampa grabada en acero, en sustitucion del figurin de modas. Como en ello ganan nuestros suscritores, así por el mayor mérito intrínseco del objeto sustituido cuanto por la variedad, esperamos que en esto se vea nuestro deseo y nuestro firme propósito de proporcionar toda clase de ventajas y de alicientes á las personas que se sirven favorecer nuestra publicacion.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NÚMERO ANTERIOR.



Epitafio de un valenton.

Rendí, rompí, derribé,
rajé, deshice, prendí,
desafié, desmentí,
vencí, acuchillé, maté.
Fuí tan bravo que me alabo
en la misma sepultura;
matóme una calentura:
¿Cuál de los dos es mas bravo?

LOPE DE VEGA

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mútuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Se suscribe en la Administracion general calle de la Bomba, n. 1.

Los pedidos se dirigirán al Administrador D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1861.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba núm. 1.